

El viaje: transfiguración y narrativas

The trip: transformation and narratives

Le voyage: transfiguration et narratives

Irleni Milena Corredor-Robles¹
Universidad de Boyacá
Tunja - Colombia

Resumen

Cegados por la inmediatez, el conformismo y la monotonía de los días, los seres humanos han hecho del viaje y sus formas narrativas, un acto simple y desabrido. Ordinariamente se viaja en vacaciones, por descansar y para “conocer”, y al llegar a casa fotos y acontecimientos meramente físicos o materiales acompañan su relato. El presente artículo pretende abordar el viaje y su relato desde una perspectiva dinámica y literaria respectivamente, en el que el desplazamiento no físico y la transformación son cruciales en el acto mismo de viajar, pero también en el que viaja y después cuenta. Para ello, la literatura y sus posibilidades serán el foco principal para iluminar detalles, no nuevos, pero sí generalmente abandonados o desprovistos de interés por parte del individuo actual.

Palabras clave: viaje, relato de viaje, desplazamiento, transformación, literatura, escritura

Abstract

Blinded by urgency, conformity and monotony, human beings have made travel and its narratives a simple and dry act. Usually, travel is done on vacation and to “get to know a place”. On returning home, pictures and memories accompany stories. The present article tries to explain travel and its narratives from a dynamic and literary perspective. Not only is the traveler’s transformation and teleportation crucial, but also the ability to narrate what occurred during the trip. Because of this, literature and its possibilities will be the principal focus in order to illuminate details. These details, though not new, are generally abandoned or absent from the individual’s interest.

Keywords: trip, travel narrative, teleportation, transformation, literature, writing.

1 M. Sc. Contacto: mirle01@hotmail.com

Cómo citar este artículo: Corredor-Robles, I. M. (2015). El viaje: transfiguración y narrativas. *quaest.disput*, Vol. 8 (17), 54-69

Recibido: 03/03/2015. Aprobado: 19/06/2015

Résumé

Aveuglés par l'immédiateté, le conformisme et la monotonie des jours, les êtres humains ont fait du voyage et ses formes narratives, un acte simple et fade. Normalement, on voyage pendant les vacances, pour se reposer et pour « connaître », et à l'arrivée à la maison, des photos et des événements simplement physiques ou matériels qu'accompagnent le récit. Le présent article prétend aborder le voyage et son récit depuis une perspective dynamique et littéraire respectivement ; dans lequel le déplacement non-physique et la transformation sont cruciaux dans le même acte de voyager, mais aussi dans celui qui voyage et qui raconte ensuite. Pour cela, la littérature et ses possibilités seront le foyer principal pour éclairer les détails, pas nouveaux, mais si généralement abandonnés ou dépourvus d'intérêt de part de l'individu actuel.

Mots clés: Voyage, récit de voyage, déplacement, transformation, littérature, écriture.

Introducción

Desde tiempos inmemoriales el ser humano ha disfrutado del acto de viajar y ha hecho de éste, un instrumento de placer y entretenimiento del que usualmente queda un recuerdo -a menudo ligero- y un par de fotos. Por esto mismo es que maletas, mapas, turismo, reposo, rutas y caminos son algunas de las palabras que vienen a la mente cuando de viaje se habla.

Sin embargo ¿se tratará sólo de esto tan físico, inmediato y material? Indudablemente hace parte de lo que implica viajar, pero el listado es aún más abundante, casi inacabado. Esas asociaciones sólo abarcan una parte muy minúscula de un término tan complejo y amplio como lo ha llegado a ser el viaje, el cual a menudo se nos desliza por entre las manos como el agua no sólo al pretender definirlo, sino también a la hora de concebirlo y experimentarlo.

Se podría decir, de una manera muy apresurada, que la cotidianidad del acto de viajar (porque de una u otra manera todos hemos viajado de un lugar a otro) ha hecho del mismo una simple y monótona acción, que no es comprendida más allá de lo literal y, pese a que ya se ha abordado el viaje desde múltiples dimensiones, generalmente los viajeros no ceden a la posibilidad de reflexionar, examinar o mirar siquiera la dinámica real del viaje, lo que sucede dentro del sujeto-viajero y la multiplicidad de voces que emergen una vez se llega casa. El objetivo del presente artículo, entonces, es abordar la temática del viaje a partir de la transformación y la narrativa, con el fin de madurar la percepción de viajero, viaje y relato.

De viajes y viajeros: miradas literarias

Viajar, descubrir, deslumbrarse,
asombrarse, perderse,
des-encontrarse ¹

Universalmente conocemos que el viaje ha sido el eje de hechos culturales, históricos y sociales que han permitido que haya una visión de lo que el hombre fue, es y será. Sin embargo, desde hace tiempo el término ha dado lugar a diversas connotaciones y se ha trasladado a otros campos, donde no se concibe de una manera meramente física. En este sentido, se ha llegado a hablar del viaje a través de la lectura, el viaje de pensamiento o imaginario, el viaje espiritual, e incluso el viaje psicodélico o enteógeno, entre muchos más.

Si partimos de esa idea, ya se puede entrever que el término empieza a tras-formarse, a deformarse. Se podría decir incluso que la palabra Viaje lleva consigo un movimiento interno que lo hace en sí mismo un término movedizo, etéreo.

¹ Este encabezado y los demás a lo largo del artículo son textos inéditos de la autora.



El concepto tradicional de viaje radica en la dinámica de trasladarse, moverse, desplazarse. Se abandona el “hogar” para ir a “otro” lugar, usualmente físico. “Todo viaje es, en principio, dislocación, exilio, desplazamiento. Se deja un lugar conocido, seguro, para entrar en un lugar nuevo” (Molloy, 2010, p. 9). Ejemplos de este tipo de viajes abundan en la historia; sin ir más lejos, encontramos los viajes de expedición de Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Alexander Von Humboldt, entre muchos más, quienes provenientes de un lugar, arriba llamado ‘hogar’, arribaron a lugares nuevos, extraños, exóticos.

Casualmente ha sido este mismo concepto (de desplazamiento) el que ha permitido que el viaje sobrepase fronteras, como las mencionadas anteriormente, ya que la lectura, la reflexión, el pensamiento, e incluso las drogas o preparados psicotrópicos, hacen que exista esa dislocación de la que habla Molloy en su análisis sobre el relato de viaje en Victoria Ocampo; en otras palabras, que se parta de lo común y conocido, a lo nuevo y generalmente desconocido, con el fin de que algo cambie.

Detengámonos en algunos detalles. Con la lectura implícitamente hay un viaje, de hecho hay ya un movimiento al momento de leer una obra; se viaja a través de las líneas, se descubren y conocen personajes, lugares, sucesos, incluso nuevas formas de decir, “la lectura es el viaje de los que no pueden tomar el tren”, señala célebremente Francis de Croisset. Es por esto que muchos hemos abandonado nuestra casa al tomar un libro, nos hemos perdido entre pasadizos y letras sin saber cómo regresar o sin querer regresar. Muchos no hemos vuelto a ser los mismos después de una obra literaria, que entre otras cosas, ha podido llegar incluso a cuestionar en gran medida aspectos relevantes del ser.

¿Por qué sucede esto? Porque así como cuando se viaja físicamente, en el viaje literario:

El lector aporta a la obra rasgos de personalidad, recuerdos de acontecimientos pasados, necesidades y preocupaciones actuales, un estado de ánimo específico del momento y una condición física particular. Estos y muchos otros elementos, en una combinación que jamás podrá repetirse, determinan su fusión con la peculiar contribución del texto (Roseblatt, 2002, p. 57).

Así como un viaje físico jamás es igual a otro, aunque se trate del mismo lugar de partida y del mismo lugar de retorno; al leer también se interrelacionan diversidad de actitudes físicas, mentales y espirituales que develan connotaciones y reflexiones únicos e irrepetibles por parte del lector. Tal vez por eso mismo la crítica o el análisis literario es tan vasto. Es sumamente difícil develar de manera absoluta y definitiva los grandes misterios que encierran multitud de obras y autores. Nunca

se leerá de la misma manera -especialmente en sentido emocional- a Caicedo o Lorca por ejemplo, o a las míticas Woolf o Dickinson. Entre miles de ejemplos más.

Se lee como se viaja. Como lectores preparamos maletas, seleccionamos medios de transporte, nos aventuramos a lo desconocido y a menudo regresamos -aunque a veces no hay retorno- con miradas y enfoques diferentes, porque al leer conocemos nuevas tierras, nos (des) enamoramos, sufrimos de frío, hambre, somos felices, odiamos, extrañamos, pero lo más sublime es que la literatura “además, puede brindarnos experiencias que de otro modo no habría sido posible o prudente introducir en nuestras propias vidas” (Roseblatt, 2002, p. 63), tal vez, ni siquiera a través de un viaje físico. Leer es un viaje de separación, se ponen en consideración ideas y reflexiones subjetivas y sociales, es arriesgado pero altamente enriquecedor.

*Un rato a pie, un poco en carro,
un tramo en mula, burro, caballo
o yegua. “Echando dedo”... en bicicleta.*

Algo similar a lo anterior sucede cuando se reflexiona, -especialmente cuando se camina y reflexiona- la persona que lo hace se traslada (desplaza), o traslada sus ideas entorno de algo. Desde la literatura hay mucho por decir, especialmente en lo que respecta al viaje interior o de reflexión. En primera instancia traigo a colación *Viaje a pie* y *El libro de los viajes y de las presencias del viajero* y pensador por excelencia, Fernando González.

Los libros arriba señalados son el resultado del caminar, viajar y trasegar no solo por Envigado (de donde el autor procede) y otras zonas de Colombia, sino por y hacia su intimidad, pues de acuerdo con Gonzalo Arango (1967), Fernando González fue “el Viajero que más intensamente viajó alrededor de sí mismo”.

El primero, *Viaje a pie*, es el relato del viaje hecho por el escritor en compañía de su amigo y secretario Benjamín Correa. El texto narra no solo su travesía a pie, a caballo y en tren desde Envigado hasta el Parque Nacional Natural Los Nevados y el retorno; sino también sus reflexiones existenciales y filosóficas sobre Colombia, la humanidad, la vida, y sobre sí mismo:

Viajamos de noche, tristes, atormentados ante la idea de la muerte. Teníamos miedo. ¿Por qué tiene miedo don Benjamín? Para averiguarlo buscamos la oscuridad, reminiscencia de la penumbra en que estaba el confesionario del padre Cerón. En la oscuridad se examina mejor el alma.

Nos miramos por dentro y vimos allí confusos sueños, formas de amor, ansias de riqueza y miedo a la muerte.

La tierra está cubierta con la obra del hombre: cultivada casi toda como un jardín; cruzada por caminos suaves por donde circulan la riqueza y el hombre mismo llevados por la rueda, el invento de Terámenes; el agua del mar convertida en un camino; cubierta de templos para adorar y conseguir la amistad de la fuerza oculta; cubierta de fábricas para embellecerlo todo... ¡La cáscara terrestre está labrada por el hombre!

Nos miramos por dentro en el camino solitario y oscuro y pensamos que esta labor sólo es humana, pues ningún animal hace otro trabajo que el momentáneo ordenado por su instinto.

¿Qué vimos en nuestras almas? Que son tres los motivos de esta inmensa obra; que en nosotros hay hambre, amor y miedo. Todos sus trabajos los ha ejecutado el hombre debido a estas tres causas; todo su desenvolvimiento es motivado por ellas. (González, 1995, p. 54).

Viaje a pie es un libro que a través de relatos de paisajes, poblados y comunidades, antes que nada, invita a pensar en el caminar como una forma particular de viajar. Es como una sublime invitación, una provocación. En este, el caminar y desplazarse implica también hacer un recorrido por el camino de los pensamientos; es un caminar que desemboca en reflexiones profundas. González viaja físicamente por Envigado pero su mente y espíritu viajan a lugares recónditos del ser humano, construye una simbiosis que no puede ser más que un viaje filosófico, un viaje por el pensamiento.

El segundo es El libro de los viajes o de las presencias en el que en medio de libretas alternas al texto, González devela majestuosamente aspectos relacionados con su ser. En este texto el recuerdo y la vivencia son fundamentales para caminar hacia la intimidad.

Mientras haya diversidad, yo, tú y nosotros, e intimidad, se trata como de un traje y de desnudarse. Y llegando al Espíritu, al cuerpo espiritual, se presenta la gran pregunta: ¿y cómo podré ser yo, si entro a la Intimidad? ¿Desaparezco? Entonces la vida no es para mí... ¿El nirvana o desaparecimiento? Y son los gritos de agonía del yo, que se afirma siempre, que no puede negarse, y que es la inimaginable tragedia de la agonía... (González, 1973, p. 172).

Viajar íntimamente, re-encontrarse, reconocerse, dislocar el cuerpo para que vuelva a encajar. Trasladar estados. Desplazar ideas. Buscar directrices de vida. Esto y más reúne este libro; el testimonio de un viajero que caminó hacia sí mismo.

Por esta misma línea, vale la pena añadir la fabulosa muestra de un viaje físico que no consta de muchos kilómetros, como los arriba señalados, sino de un par de pasos. Viaje alrededor de mi habitación es un magnífico y bello ejemplo de esto. Se trata de una novela compuesta por 47 páginas en las que, de manera sublime y detallada, el autor narra su desplazamiento por cada rincón, objeto y ángulo de su habitación, acompañando cada movimiento con grandiosas reflexiones en torno de la existencia humana. En otras palabras, se trata de un viaje sin aparente movimiento, sin desplazamiento; pero que en verdad abarca grandes distancias subjetivas:

Mi habitación está situada a cuarenta y cinco grados de latitud, según las medidas del padre Beccaria; su dirección es de levante a poniente, formando un largo cuadrado de treinta y seis pies de lado, que roza la muralla. Mi viaje contendrá sin embargo más; pues la atravesaré a menudo a lo largo y ancho, o bien en diagonal, sin seguir ni regla ni método alguno. Incluso haré zigzags y recorreré todas las líneas posibles en geometría si la necesidad así lo exige. No me gustan las personas que son tan dueñas de sus pasos y de sus ideas que dicen: «Hoy haré tres visitas, escribiré cuatro cartas, terminaré esta obra que he comenzado». ¡Mi alma está tan abierta a toda clase de ideas, de gustos y de sentimientos; recibe tan ávidamente todo lo que se presenta...! ¿Y por qué rechazaría los gozos esparcidos en el difícil camino de la vida? Son tan escasos, están tan diseminados, que habría que estar loco para no pararse, e incluso desviarse del camino para recoger todos aquellos que están a nuestro alcance. Nada hay más atractivo, en mi opinión, que seguir las ideas siguiendo su rastro, como el cazador persigue la presa sin pretender seguir ninguna ruta (Xavier de Maistre, 2007, p. 17).

Hasta ahora se ha abordado el viaje físico que conlleva a viajes de otro orden, y aunque los ejemplos de ello son abundantes, ahora cederemos el paso a las situaciones de estado alterado de conciencia que algunas sustancias provocan en los individuos, como formas de viaje; en este sentido también hay mucho por develar.

En resumidas cuentas, hablamos del viaje alucinógeno o enteógeno, tanto al que se llega tras consumir drogas químicas, como al que gracias a plantas de poder psicotrópico usadas por milenios ancestralmente, permiten acceder a realidades paralelas o subjetivas. Los dos han sido usados por el ser humano con el objetivo de descubrir respuestas, mirarse interiormente y comprenderse mejor.

Un ejemplo literario del viaje de alucinógenos se puede advertir en *Las puertas de la percepción*, Aldous Huxley (1992), al relatar su experiencia con la mezcalina: “En cuanto a mí, en esta memorable mañana de mayo, no podía menos que

estar agradecido a una experiencia que me había mostrado, más claramente que nunca antes, la naturaleza última del problema y su solución completamente liberadora (p. 15).

En el libro se contempla un viajero enteógeno que tras haber ingerido una píldora de mezcalina, da cuenta del cambio de percepción o del desplazamiento en la forma de observar la naturaleza de las cosas; es importante resaltar que el autor no está narrando la experiencia en el momento, sino una vez concluyó. Aldous recorre los senderos alterados de su conciencia y luego reflexiona casi metafísicamente al respecto, una vez más algo se mueve, cambia, se desliza:

Veía los libros, pero no estaba interesado en las posiciones que ocupaban en el espacio. Lo que advertía, lo que se grababa en mi mente, era que todos ellos brillaban con una luz viva. En relación con esto, la posición y las tres dimensiones quedaban al margen. Ello no significaba, desde luego, la abolición de la categoría del espacio. Cuando me levanté y caminé pude hacerlo con absoluta normalidad, sin equivocarme en cuanto al paradero de los objetos. El espacio seguía allí. Pero había perdido su predominio. La mente se interesaba primordialmente no en las medidas y las colocaciones, sino en el ser y el significado (p. 6).

En este mismo sentido, tenemos Viaje a Ixtlán de Carlos Castaneda (1997). Veamos:

Dos semanas antes, el 4 de agosto, don Juan, como había dicho, cambió de táctica conmigo y me permitió ingerir unos botones de peyote. Durante la parte álgida de mi experiencia alucinatoria, jugué con un perro que vivía en la casa donde la sesión tuvo lugar. Don Juan interpretó mi interacción con el perro como un evento muy especial. Aseveró que en momentos de poder como el que yo viví entonces, el mundo de los asuntos ordinarios no existía y nada podía darse por hecho; que el perro no era en realidad un perro sino la encarnación de Mescalito, el poder o deidad contenido en el peyote. Los efectos posteriores de aquella experiencia fueron un sentido general de fatiga y melancolía, así como la incidencia de sueños y pesadillas excepcionalmente vívidos (p. 149).

Este es el tercero de una serie de libros que dan cuenta de la transfiguración de un hombre en búsqueda de poder, quien gracias a las enseñanzas de don Juan, el caminar y el peyote, logra adentrarse en el misticismo y la reflexión. En esta ocasión se trata de una sustancia natural que mediante la alteración de la percepción, da lugar nuevos hallazgos.

Se ha llegado a concluir, en ciertos círculos sociales, que el viaje alucinógeno ha contribuido en gran medida al interrogante por lo real, por la realidad; tal vez esto se deba a que este tipo de viaje usualmente permite que el viajero no sólo tenga una percepción diferente de las cosas, sino que una vez en el mundo “real”, este sea visto desde otro enfoque. Se podría hablar incluso de encontrar verdades que de otra forma no hubiesen sido posibles de develar, especialmente a nivel subjetivo.

Lejos de satanizar o enaltecer las experiencias con las drogas o plantas atávicas, llama la atención, una vez más el movimiento, salir de una manera y regresar de otra, y el hecho de que el viaje se aleje de lo físico y material, para pasar a otros planos.

El viaje: del desplazamiento o del movimiento de otro orden

Con el anterior recorrido se puede concluir que la lectura, la imaginación, la reflexión, los estados alterados de conciencia, y seguramente muchas otras experiencias, son formas de viaje; y que pese a la diversidad de nociones, el acto de viajar “ocurre con un propósito de ganancia: material, espiritual, científica. Entraña tener una “experiencia” (excitante, edificante, placentera, de extrañamiento o de ampliación de horizontes)” (Clifford, 1999, p. 88).

En esta misma línea (pero alejándonos un poco de la literatura), Tineo y Marinone reconocen la amplia y dilatada noción de viaje, y expresan que se trata de una “multiplicidad de experiencias que se activan a partir del traslado – material, imaginario, lingüístico, escriturario, simbólico– de un sitio a otro”. Así las cosas, un término aparentemente sencillo, resulta complejo y polisémico. Turner, citado por Clifford, (1999) expresa que sería un error insistir en el ‘viaje’ literal, y prefiere entenderlo como el desplazamiento que incluye fuerzas que atraviesan espacios: la televisión, la radio, los turistas, las mercancías, los ejércitos.

Clifford explica lo anterior claramente, poniendo como ejemplo el estudio etnográfico realizado por el mismo Turner, quien trabajó el viaje desde una forma no convencional: realizó un estudio con trabajadoras de fábricas japonesas, mujeres que no habían viajado, pero que veían televisión.

Esta noción de traslado y desplazamiento es realmente fascinante, puede haber viaje sin un espacio físico, algo así como un traslado sin traslado, un desplazamiento sin desplazamiento; un traslado y un desplazamiento deconstruidos.

Retornando a la idea de Clifford sobre el viaje, cuya mirada está ligada a las ciencias sociales, hay que señalar el gran valor cultural que se le atribuye al he-

cho de viajar como parte del discurso etnográfico. En itinerarios transculturales (1999, p. 36) se resalta que la etnografía se había preocupado enfáticamente por el “estar allí” (por el lugar que se pretendía estudiar) y había dejado de lado el “llegar allí”; es decir, los demás lugares, percepciones, pensamientos, etc., con los que el etnógrafo debe relacionarse antes de llegar a su destino, en donde se incluyen los medios de transporte, las gentes, los relatos, los impases, etc., incluso su estado anímico.

En otras palabras, Clifford (1999) contempla al etnógrafo como un viajero que además de observar a una comunidad, vive situaciones de carácter subjetivo que no eran importantes en la etnografía tradicional y, que de acuerdo con esta nueva perspectiva, deben cobrar gran importancia hoy día, “los viajes y los contactos son cruciales para una modernidad que aún no ha terminado de configurarse” (p. 12).

En suma, y de acuerdo con lo anterior, estamos frente a un término, que como muchos otros, está inconcluso y que evolucionará junto al ser humano y sus re-descubrimientos en las formas de viajar, de desplazarse, de moverse. Quizás algún día alguien hable del viaje mutante o del viaje al cuerpo del otro...

Para ir cerrando esta parte, cabe decir también que su cercanía con otros términos similares o del mismo corte, han dificultado aún más su precisión y definición. Por lo tanto, tratando al término desde un punto de vista cultural, Clifford insiste en el viaje como:

Un término de comparación cultural, debido precisamente a su coloración histórica, sus asociaciones con cuerpos raciales y de distinto género, privilegios de clase, medios específicos de traspaso, caminos trillados, agentes, fronteras, documentos, etc. Lo prefiero a otros términos aparentemente más neutrales y “teóricos”, como “desplazamiento”, que pueden hacer demasiado fáciles las equivalencias entre diferentes experiencias históricas... y lo prefiero a términos tales como “nomadismo”, a menudo generalizado, sin resistencia aparente por parte de las experiencias no occidentales... el peregrinaje me parece un término comparativo más interesante para trabajar. Incluye una amplia gama de experiencias occidentales y no occidentales... como sea, no hay términos o conceptos neutrales, no contaminados... (p. 55)

El viaje como transformación...

No puedo dejar de referirme a una de las nociones de viaje más maravillosas que he encontrado; hablo del viaje como transformación. Ya he dicho que el viaje implica un desplazamiento -sea del orden que sea- y que ese desplazamiento trae consigo nuevas experiencias para el viajero; pues bien, es allí donde la trans-

formación es fundamental. Todo aquel que parte a un viaje no regresa igual. Al salir de casa, en su estadía en otros lugares o al regresar, algo ha cambiado. Con respecto del viajero, Molloy (2010) afirma:

Ese lugar otro, que se concibe espacialmente, está también marcado por un tiempo distinto: otro ritmo afecta al viajero durante el desplazamiento, lo descoloca, lo desorienta, y esa desorientación persiste aun después de concluido el viaje. No sólo vuelve distinto el que se ha ido, vuelve a un espacio y a un tiempo distintos, ya que el viaje nos hace ver el lugar al que volvemos, y que creíamos permanentemente igual a sí mismo, con otros ojos (p. 9).

*El viajero, lo que ve,
lo que siente,
su transformación,
lo que toca...*

Esta es la idea del viaje también como recorrido interior. Junto con el viaje físico hay también un viaje interno que permite que el viajero ya nunca más vuelva a ser el mismo. El viaje “es el relato de un cambio, el que se produce en un sujeto sometido a algún tipo de alteridad –de mayor o menor grado” (Colombi, 2006, p. 16).

En el transcurso del viaje, hay algo que se mueve dentro del viajero, que descoloca, trastoca, arruga y desarruga no solo sus visiones y perspectivas, sino también su ser; ha habido un movimiento espiritual, mental, perspectivo, o cualquier otro que lo ha llevado a una metamorfosis: una mariposa saliendo de su crisálida.

Acercamientos al relato de viaje

*Dichoso sí, el que cuenta su viaje,
pues revive para él y para otros lo que ha sido,
en origen, una experiencia personal intransferible.
(Claudia Torre)*

El placer que produce el hecho de viajar en el ser humano, es innegable. La acción de trasladarse de un lugar a otro, ya sea a pie, en carro, o en cualquiera de los medios en que la modernidad lo permite, genera grandes sensaciones. Esto lo han demostrado cientos de escritos en los que se confirman los innumerables viajes que el hombre ha realizado a lo largo de la historia, relatos que narran aventuras y descubrimientos de lugares, personas y culturas. Es por esto que viajar y narrar son dos acciones que se acompañan y complementan.

De acuerdo con César Aira, citado por Colombi (2006), la condición natural del viaje ya es un relato, porque se cuenta con una partida, una serie de hechos y un regreso.

Pero ahí estaban los viajes que eran un relato antes de que hubiera relato: ellos sí tenían principio y fin, por definición no hay viaje sin una partida y un regreso. La estructura misma del viaje ya es narrativa. Y como salir de la realidad cotidiana ya tiene algo de ficción, no había que inventar nada –lo que permitía inventarlo todo (p.15).

En resumidas cuentas, viajar y narrar son acciones que el hombre viene realizando de la mano con su evolución y aunque indiscutiblemente no siempre un viaje genere escritura [porque muchas otras veces se queda en lo oral o simplemente en la experiencia, ya que esto depende directamente del viajero, de “su mayor o menor saber literario y sus personales impulsos a escribir” (Torre, 2012), sí valdría la pena decir que viaje y escritura son dos acciones que tendrían que ir de la mano; primero, porque todo viaje debería ser contado; y segundo, porque como ya lo vimos, el mismo hecho de viajar es ya un relato.

*Caminos empedrados, autopistas doble vía,
desechos, atajos; una dormida en carpa o en el hotel barato,
en la posada o donde lo caiga la noche.*

Ahora bien, si nos centramos en la parte escritural de los viajes, (cuando el viajero se decide a hacerlo), es realmente importante resaltar que hay una gran variedad de manifestaciones escriturales que pueden dar cuenta de un viaje realizado:

Viajar es trasladarse y contar es también trasladar con palabras. Traslado o metáfora, el viaje es también imagen de la vida humana, como se viene repitiendo desde la antigüedad. Por ello, quizá, los relatos de viajes constituyen un producto textual inagotable que se manifiesta en todos los tiempos y en las más variadas modalidades literarias (Romero & Almarcegui, 2005, p. 7).

Dentro de esas modalidades literarias se resalta el conocido relato de viaje o lo que algunos han llamado literatura de viajes; sin embargo hay más, y tal vez sean esas otras modalidades fronterizas, las que hacen que los textos de viajes tengan una amplia gama de concepciones en cuanto a género literario. Me refiero precisamente a esas que están muy cercanas al relato o libros de viajes, como el diario, la crónica, los itinerarios, entre otros, que han llevado a la gran discusión sobre el género como tal, hasta el punto de haber sido catalogado como un género híbrido.

*Escribir, contar, contarse,
narrar y narrarse desde los otros,
relatar lo vivido y no vivido,
lo real y lo que no está,
Escribir...*

Cuando un viaje es llevado a la escritura, usualmente se hace mediante el relato del mismo, y tradicionalmente en ese relato predomina lo descriptivo y narrativo, dándosele prioridad a los lugares visitados y las experiencias encontradas en el viaje; sin embargo, las nuevas concepciones del término -que ya se han mencionado anteriormente- han dado lugar a nuevas formas de enunciación por parte de los viajeros.

Por tales motivos, la aparición de otros géneros literarios entre los que se encuentran la autobiografía, la novela, el género epistolar, entre otros, han permitido que el viajero se deje ver subjetivamente en las líneas que narra.

Desde un punto de vista muy cultural, pero que permite entender las complejidades de la narración cuando se viaja, Clifford (1999) expone de manera muy inquietante, el hecho de que en la antropología se conciba al antropólogo como el mero informador, el que dará cuenta de algo; y a la comunidad estudiada, como los informantes que suministran datos. Esta noción también ha sido trabajada y criticada a su manera por Taussing (2004). "We don't have 'informants'. We live with storytellers, whom too often we have betrayed for the sake of an illusory science", expresa Taussing (p. 346), refiriéndose a los estudios antropológicos, los cuales, según él, suelen caer en la conocida idea de elegir una comunidad, convivir con ella, llenar diarios de campo -muchas veces vacíos del sujeto que los escribe-, hacer entrevistas y luego mostrar lo encontrado en las reflexiones de un artículo o trabajo.

Extraordinariamente Taussing hace reflexionar sobre el papel de la escritura en un trabajo antropológico, pero que a la vez da luces al relato de viaje en la medida que rompe con el simple hecho de contar o narrar algo, un claro ejemplo de ello es precisamente 'My cocaine museum'.

En este libro, mágica y críticamente, Taussing logra identificar el gran silencio en que se encuentra El museo del Oro del Banco de la República, descubriendo que detrás del poporo de oro y otros objetos ancestrales, duermen quietamente espíritus solitarios, y más aún, que detrás de esos objetos hay otros elementos igual o más importantes de los que no se habla o de los que se evita hablar; para este caso, la cocaína; que al igual que el oro tiene historias y puntos de choque sociales y culturales.

Al referirse a los museos, Taussing expresa que son lugares muertos y hostiles, creados para la burguesía, huérfanos de vida y experiencia, por esta razón le interesa explorar la vida del oro y la vida de la cocaína, entendiendo que la primera está moribunda y la otra está renaciendo, y logra, en definitiva, una bella combinación de la historia de estas dos, pero a la vez, la historia de las personas en contacto con estas; en otras palabras, la historia del oro y de la cocaína, pero también la historia de sus gentes y su propia historia como viajero.

Y ¿Cómo lo hace? A través de algo que no es más que el relato del viaje que él mismo hizo por Colombia, y especialmente por el Cauca, en donde no se limita a expresar lo encontrado, sino que reflexiona enérgicamente sobre las gentes, lo que dicen las gentes, su percepción, y ante todo, aporta significativamente a eso que se ha denominado “cultural”.

*Las personas, sus ojos y sus bocas,
las historias de sus bocas y sus ojos,
sus historias...*

Una “transgressive dynamic” (Taussing 2004, p.347) tal vez sea lo necesario para trabajar con la cultura, la escritura, el viaje, el relato de viaje; es una invitación a cuestionarse por lo que está más allá de los términos mismos, porque son cambiantes, se transforman. Podría entenderse entonces que el relato de un viaje está más allá del viaje mismo, toca fronteras culturales, sociales, entre otras, pero ante todo, traspasa y llega hasta las fronteras subjetivas.

Otro ejemplo por esta misma línea, en la que el texto de viaje no se reduce a lo documental e informativo, sino que permite la interacción de un sujeto que vive la experiencia, es el caso de Victoria Ocampo, quien a través de cartas logra sintetizar el relato de sus múltiples viajes por Europa y Estados Unidos durante su vida. Sylvia Molloy (2010) hace un rastreo arduo de este género en Ocampo y expresa que ella “no se limita a una sola manera de contar sus viajes. Podría decirse que el viaje toca todo lo que escribe, que su obra, es toda ella una traslación y que, al narrar un viaje, Ocampo se está narrando, por sobre todo, a ella misma.” (p.15).

Visto así el relato de un viaje, se abre la posibilidad de que sea pensado y por supuesto, escrito o contado desde la subjetividad del viajero; pero desde una subjetividad real, no ficticia. En la que se tenga conciencia de que hubo un traslado y unos sucesos vividos durante el traslado, pero ante todo hubo un sujeto que vivió, sintió, pensó, vio, imaginó y percibió, que se integró o desintegró, se apasionó y enamoró durante el viaje; eso, indiscutiblemente, debe notarse no solo en relato del viaje, sino en el sujeto mismo, en el viajero. El viaje debe hacer parte de la transfiguración que dio lugar no solo a un cambio de espacio, sino a un cambio trascendental en el interior del ser.

A manera de conclusión...

Pese a lo resaltado en párrafos anteriores, infortunadamente la modernización e inmediatez de la vida diaria no permite en gran medida que el individuo actual reconozca las nociones abordadas en este texto frente al acto de viajar. Seguirán habiendo viajeros turistas que contemplen siempre hacia fuera y dejen de lado la visión y reflexión interna; que realicen permutas materiales con los lugares visitados, en lugar de mutaciones de orden mental o espiritual con los mismos. Viajeros despistados que no se detienen a mirar la huella que ha dejado su caminar; viajeros que no dejan ni se llevan más que un recuerdo vacío, inconcluso.

El viaje, sea del orden que sea, merece ser contemplado en su totalidad, como un acto complejo en el que se arriesga, se pierde y se gana; un acto de desprendimiento físico, mental y espiritual, que muestra nuevos caminos en la trascendencia del ser humano.

De acuerdo con lo anterior, viaje, viajero y relato de viaje, los aspectos tratados en estas líneas, son aspectos que merecen un poco más de luz. Estas palabras pueden considerarse como una invitación a comprender la complejidad del término viaje, a reconocer que como viajeros nos desplazamos por diversas dimensiones del ser, y que a través del viaje (independientemente del tipo de viaje) logramos abandonar en gran parte lo que somos, para construir incluso lo que no creímos. El viaje, desfiguración, mudanza y reconstrucción.

.....

REFERENCIAS

Castaneda, C. (1977). *Viaje a Ixtlán*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Clifford, J. (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.

Colombi, B. (2006). El viaje y su relato. *Latinoamérica: Revista de Estudios latino-americanos*, 34, 11-35.

De Maistre, X. (2007). *Viaje alrededor de mi habitación*. Madrid: Editorial Funambulista.

González, F. (1973). *Libro de los viajes o de las presencias*. Medellín: De Bedout.

_____. (1995). *Viaje a pie*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.



Huxley, A. (1992). *Las puertas de la percepción*. Recuperado de: http://www.ignacioldarnaude.com/textos_diversos/Huxley,Aldous,Las%20puertas%20de%20la%20percepcion.pdf.

Marione, M. y Tineo, G. (2010). *Viaje y relato en Latinoamérica*. Buenos Aires: Katatay.

Molloy, S. (2010). *La viajera y sus sombras: Crónica de un aprendizaje*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Romero, L. Almarcegui, P. (2005). *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Universidad Nacional de Andalucía.

Taussing, M. (2004) *My Cocaine Museum*. Chicago: University of Chicago Press.

Torre, C. (s.f.). *Los relatos de viajeros*. Recuperado el 31 de Marzo de 2014. Recuperado de: <http://fr.scribd.com/doc/6859160/Los-relatos-de-viajeros-Claudia-Torre>.